



varado, Andrés de Tapia, Cristóbal de Olid, el tesorero Julian de Alderete y Fray Pedro Melgarejo. Varios objetos se proponía el general en aquella expedición. Defender la provincia de Chalco, arrojando de ella definitivamente á los tenochca; sujetar á los tlahuica, situados detras de las montañas australes del valle, que todavía seguían la causa de Cuauhtemoc; dar vuelta al rededor de Tenochtitlan para someter las poblaciones riberanas de los lagos y estudiar el terreno para poner sitio á la capital. Aquel día durmieron en Tlalmalcalco.

Al día siguiente (sábado seis), á las nueve de la mañana entraron en Chalco. D. Hernando reunió á los señores, dióles á entender sus intenciones por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, y pidióles aparejasen el mayor número de guerreros para el combate; acabado este quehacer salió á hora de vísperas y fué á pernoctar en Chimalhuacan-Chalco. Aquí se reunieron más de cuarenta mil hombres así de los chalca, como de los de Huexotzinco y Tlaxcalla: acudió igualmente un enjambre de villanos merodeadores, de los que seguían á los ejércitos por sólo satisfacer su instinto de pillaje. "Y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo había visto, despues que en la Nueva España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta multitud dellos á causa de los despojos que habían de haber, y lo más cierto por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabían que las había de haber; y son á manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte á otra, y le seguían cuervos y milasos y otras aves de rapiña, que se mantenían de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando se daba alguna muy sangrienta batalla; así he juzgado que nos seguían tantos millares de indios." (1) Merecen la comparación los desalmados que acudían á satisfacer sus deseos de robo y de venganza.

Á la noticia de estar cercano el enemigo, la gente estaba en pié al cuarto del alba; oída misa (domingo siete), se puso en camino. El ejército se empeñó en los pasos de las montañas para salir al opuesto lado del valle, encontrando á uno y otro lado de los desfila-

(1) Bernal Díaz, cap. CXLIV.—Cartas de Relac. pág. 218.

deros encastillados en las alturas á los indios, quienes lanzaban gritos de guerra acompañados de algunos hondazos. Parece que por entónces los habitantes cambiaban de táctica, dispuestos á no aventurar encuentro en campo abierto y mantenerse á la defensiva en lugares inaccesibles. Sin detenerse á combatir aquellas fuerzas, entraron en la provincia de Totolapan, siguieron algunas cortas llanuras, hasta dar hácia las dos de la tarde con un peñol alto y ágrío, en cuya cumbre se descubrían mujeres y niños, mientras las laderas estaban cubiertas de multitud de guerreros: era Tlayacapan. (1) Los tlahuica, al descubrir á los castellanos, los desafiaban y burlaban: pareció al general que pasar adelante sin escarmentar á los encastillados sería poquedad y aún se achacaría á cobardía, por lo cual mandó hacer alto, practicó un reconocimiento alrededor del peñol, y escogidos los puntos al parecer más accesibles, ordenó el asalto por tres lugares diversos. Cristóbal Corral, alférez de una compañía de sesenta hombres, apoyado por algunos escopeteros y ballesteros, tuvo el mando de la primera columna; componían la segunda las compañías de Juan Rodríguez de Villafuerte y Francisco Verdugo, mientras la tercera se formaba de los hombres de Pedro de Ircio y Andrés de Monjaraz; Cortés permaneció al pié del cerro, cuidando con la caballería el campo de algun ataque imprevisto; de los aliados, unos quedaron con los jinetes, los otros en espesas nubes se dieron á trepar por los flancos del peñol. Soltada una escopeta, señal de acometer, cada quien se precipitó á cumplir con su deber. Agrias y pendientes eran las cuestas, teniendo los asaltantes que agarrarse para subir á las rocas ó á las plantas, cubriéndose de los tiros ya en los repliegues del terreno, ya tras las peñas y los árboles, pues cada espesa granizada de flechas, varas, piedras y trozos rodados, cuyas galgas rebotando por los riscos se rompían lastimando ó arrastraban en su rápido paso á los trepadores. Por el lado de Corral, el atrevido alférez subió hasta donde más pudo, declarando luego no poder pasar adelante; Bernal Díaz siguió á su comandante; Pedro Barba, capitán de ballesteros, trepó poco más arriba, aunque al fin se dió por vencido: la empresa más adelante pareció imposible, y como á todos rumbos aconteció lo mismo, y estaban muertos algunos castellanos y muchos heridos, de los aliados se contaba

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chimim. cap. 93. MS.

gran pérdida, y en la llanura asomaban los escuadrones mexicana en socorro del peñol, el general ordenó la retirada. Ya era tiempo. Los culhua cargaron en gran número, trabándose un combate en que estos fueron ahuyentados por la caballería y los peones, si bien no sufrieron mucho daño porque se acogían á lugares fragosos. Siguió el alcance la caballería hasta otro peñol, que pareció no tan fuerte como el primero, y pensando encontrar ahí agua, la cual no se había hallado en todo el día, el ejército vino á acampar al pié, pasando la noche escuchando los atabales, bocinas y gritería de los tlahuica. (1)

Al ser día claro (lunes ocho), Cortés reconoció la fortaleza. Era muy más fuerte que la anterior, aunque estaba dominada por dos alturas, á la sazón ocupadas también por multitud de guerreros. Acompañado de algunos hidalgos, el general se dirigió al peñol, y mirándole ir la gente le siguió aun cuando no tenía orden para ello; el intento no era asaltar, sino practicar un reconocimiento. Mirando los indios el grueso que contra ellos se dirigía, calculando que el intento de los enemigos era meterse por entre las dos fortalezas, replegaron la guarnición de las alturas dominantes á la meseta principal. Aprovechando aquella falta D. Hernando, mandó ocupar uno de los puntos abandonados á los capitanes Francisco Verdugo, Julian de Alderete y Pedro Barba, con los escopeteros y ballesteros; los tiros alcanzaban bien al peñol inferior, de manera que la fortaleza india quedó completamente dominada: D. Hernando subió igualmente á una eminencia hasta ponerse á la altura de la defendida por los indios. Amedrentados los tlahuica por el daño que de los arcabuceros recibían, por ver encima de sí el enemigo, y principalmente por estar acosado de la sed, pues carecían absolutamente de agua, hicieron señas desde lo alto de querer rendirse: cinco principales se presentaron al general, disculpándose de haber tomado las armas; respondiéndoles por medio de los intérpretes, que eran dignos de muerte por haber comenzado la guerra; mas supuesto se entregaban, se les admitía á condicion de que fuesen á los del otro peñol y trajesen de paz á los encastillados, á quienes se perdonaría lo pasado, y si no que les irían á poner cerco hasta matarlos de sed. (2)

(1) Cartas de Relac. pág. 218—220.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.

(2) Cartas de Relac. págs. 220—21.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.

Comisionó Cortés al alférez Corral, á los capitanes Juan Jaramillo y Pedro de Ircio y á Bernal Díaz del Castillo, para ir á reconocer la fortaleza despues de rendida, diciéndoles resueltamente: "Mirá, señores, que no les tomeis ni un grano de matz." El peñol, cortado á pico por todos lados, presentaba una sola y dificultosa subida, terminada en la parte superior por una angosta entrada; en la cumbre se extendía una llanada sin agua, en la cual estaban recogidos los guerreros con sus mujeres é hijos, sus haciendas y algunos fardos del tributo destinado á Cuauhtemoc: se distinguían unos veinte muertos y algunos heridos. Terminado el exámen, Bernal Díaz cargó de despojos cuatro naborias tlaxcalteca que le acompañaban y otros cuatro tlahuica de la fortaleza, disponiéndose á bajar con ellos al real; opúsose Pedro de Ircio, diciendo ser aquello contrario á las órdenes del general. Bajados al campo, el mismo Ircio dió cuenta del desempeño de la comision y dijo: "No se les tomó cosa ninguna, que ya había cargado Bernal Díaz del Castillo, de ropa á ocho indios, é si no lo estorbara yo, ya los traía cargados." Entónces dijo Cortés medio enojado: "Pues ¿por qué no lo trajó? Y también os habiades de quedar allá vos con la ropa é indios con los de arriba;" é dijo: "Mirá como no entendieron que los envié porque se aprovecharán, y á Bernal Díaz que me entendió, quitaron el despojo que traía destos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido;" é cuando aquello oyó el Pedro de Ircio dijo que quería tornar á subir á la fuerza, y entónces le dijo que ya no había coyuntura para ello, y que no fuese alla de ninguna manera." (1) La anécdota es bien curiosa y significativa.

Los castellanos se aposentaron al pié de la fortaleza en unas caserías entre unos morales, en donde se sufría algo por la escasez de agua. Los tlahuicas del otro peñol vinieron á presentarse por medio de sus jefes (martes nueve), dándose por vasallos de los blancos despues de pasar algunas razones. De ahí se remitieron los heridos á Texcoco, descansaron aquel día de las fatigas, é hicieron repuesto de víveres. La jornada siguiente (miércoles diez), se rindió en Huaxtepec; los naturales, que se tenían por conquistados desde la expedicion de Sandoval, recibieron de paz á los blancos, dándoles

(1) Bernal Díaz, cap. CXLIV.

comida y regalo, aposentándolos en la extensa y linda huerta de que ántes hemos dado noticia.

Salidos temprano de Huaxtepec (juéves once), estaban á las ocho de la mañana á vista de Yauhtepec. Los habitantes hicieron demostracion de entregarse de paz, mas luego echaron á huir; Cortés los persiguió con los jinetes hasta llegar á Xiuhtepec. (1) Sorprendidos los del pueblo no hicieron resistencia, no obstante lo cual fueron muertos algunos hombres y tomados por esclavos buen número de mujeres y muchachos. En aquel lugar permanecieron el siguiente dia (viérnes doce), en espera de que los señores que habían huido volviesen á dar la obediencia; mas como no se presentaron, al salir de ahí dieron sacomano á las casas y les pusieron fuego. Los de Yauhtepec llegaron á dar la obediencia. (2)

A las nueve del dia inmediato (sábado trece), se pusieron ante Cuauhnhuac, capital de los tlahuica, defendida por su señor Yoatzin; (3) la ciudad era rica, amena y poblada; cercada de profundas barrancas, con difíciles entradas, á las cuales se llegaba por puentes á la sazón rotos; armados los naturales y con una fuerte guarnicion tenochca, parecía inexpugnable. Al acercarse los castellanos quedaban separados de sus contrarios por la profunda barranca, recibiendo de la opuesta orilla una lluvia de flechas, pedradas y hondazos, acompañados de grita atronadora. El paso era imposible, ni había medio de escalar aquella especie de cava, cuando uno de los aliados avisó al general que á distancia de una media legua había paso franco para los caballos; sabida la noticia destacó en aquella direccion algunos jinetes. Entretanto, buscando una entrada, notaron que un árbol crecido de este lado de la barranca, inclinado, ó tendidas las ramas, formaba una especie de puente hasta la orilla opuesta: un tlaxcaltecatl atravesó el primero por el difícil paso, siguiéronle algunos españoles, entre ellos Bernal Díaz, no sin que tres cayeran al fondo de la barranca, atravesaron también algunos alia-

(1) Cortés llama al pueblo Gilutepee, evidente confusion en el nombre; Xilotepec no se encuentra en aquella comarca. Bernal Díaz le confundió con Tepoztlan.

(2) Cartas de Relac. pág. 222.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. Cap. 93. MS. Cortés escribe Coadnavaced; Bernal Díaz, Coadalbacá. Desde los tiempos más antiguos de la conquista, pues Bernal Díaz ya lo escribe así, le dijeron Cuernabaca. Hoy es la capital del Estado de Morelos, conservando este último nombre.

dos, y cuando fueron veinte ó treinta de los blancos y muchos tlaxcalteca, dieron sobre los guerreros entretenidos en defender los muros. (1) Sorprendidos los tlahuica de ver milagrosamente á sus enemigos dentro de la plaza, no dejaron por eso de pelear; mas sobreviniendo á breves instantes Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Tapia con algunos jinetes, mirándose estrechados por la espalda y el flanco, se dieron á huir por los breñales, sufriendo gran destrozo en la persecucion. Completó el desbarato Cortés, apareciendo con el resto de la caballería. Dueños de la fortaleza, las casas fueron puestas á saco é incendiadas, lográndose inmenso botín con gran cantidad de mujeres y muchachos; huyendo á los montes quienes pudieron salvarse. No habiendo ya en donde, los blancos se aposentaron en la hermosa huerta del señor de la ciudad, notable por su extension y frescura. Yoatzin con otros principales se presentó á demandar la paz, disculpándose de haber tomado las armas, por haberlo exigido así los méxica: "nos dijeron que la causa de haber venido tarde á nuestra amistad, era porque pensaban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho, no terníamos despues tanto enojo de ellos." (3)

Dejóse á Cuauhnhuac el siguiente dia (domingo catorce), tomando el camino para atravesar las montañas y penetrar de nuevo en el valle; seguía la senda por unos pinares, faltos completamente de agua, por lo cual hubieron de sufrir muchos hombres y caballos, y aún algunas personas perecieron de sed. Ya tarde se rindió la jornada en unos caseríos, en donde algo fué encontrado del apetecido líquido. Llamábase el lugar Cuaulxomolco. (3)

Bajadas las faldas de las montañas, á las ocho de la mañana (lunes quince), se presentó el ejército delante de Xochimilco. La ciudad, una de las principales del valle, fértil y hermosa, estaba situada en la margen occidental del lago de su nombre, teniendo las ca-

(1) Por espíritu de nacionalidad mal entendido, Solís (lib. V, cap. XVIII), desfigura los acontecimientos; en el presente caso asegura haber sido Bernal Díaz quien primero pasó sobre la puente del árbol, lo cual es contrario al testimonio de D. Hernando, y á lo que de sí mismo dice el cronista conquistador.

(2) Cartas de Relac. pág. 224.—Bernal Díaz, cap. CXLIV.

(3) Chimalpain, Hist. de la conquista, MS.

sas parte en tierra firme, parte sobre las aguas: entrábase á ella por una especie de calzada, cortada por algunos fosos, los cuales estaban defendidos por albarradas; los puentes habian sido levantados, interrumpiendo así las comunicaciones. Al llegar delante de la primera cortadura, Cortés echó pié á tierra, se puso al frente de algunos peones y se adelantó á combatirla; los xochimilca que defendían la albarrada se defendieron bravamente; mas recibido algun daño por las ballestas y arcabuces, desampararon el paso, replegándose al interior de la ciudad; los castellanos atravesaron la cortadura, persiguieron por las calles á los indios, logrando apoderarse de gran número de edificios. De los xochimilca, mientras los unos peleaban en las casas ó desde las canoas, otros demandaban paces; repitieron esto tantas veces sin penerlo por obra, que el general llegó á comprender era sólo una estratagema enderezada á ganar tiempo, ya para salvar por el lago sus familias y haciendas, ya para esperar los socorros de México: parece tambien que con intento de encorralarlos habian abandonado á los blancos el espacio de tierra firme. En efecto, hacia la tarde se presentó en el campo un lucido ejército tenochca, que se precipitó á tomar la entrada de la ciudad: traían las tropas sus brillantes divisas, armados con sus armas y ademas largas lanzas con las puntas remedando las espadas castellanias; los capitanes empuñaban las espadas de acero tomadas en la Noche triste. El general, al frente de algunos jinetes salió á rechazar la acometida, trabándose récia y encendida pelea, "aunque nos vimos "en harto aprieto; porque como eran tan valientes hombres, muchos de ellos osaban esperar á los de á caballo con sus espadas y "rodelas." Durante la refriega, el caballo que montaba Cortés se echó al suelo de cansado, segun refiere el mismo general, ó bien le derribaron los indios, segun afirma Bernal Díaz. D. Hernando con su acostumbrada valentía, puesto en pié, se defendía con la lanza, mas se arrojaron sobre él los guerreros méxica y sin duda le hubieran muerto, á no ser por el deseo imprudente de quererle llevar vivo, segun su costumbre, para tener el placer de sacrificarle. Bregaba Cortés aunque herido en la cabeza, cuando dentro del círculo de los contrarios penetró un guerrero, quien poniéndose á su lado le dijo: "No tengas miedo, soy tlaxcalteca:" la defensa del intrépido aliado dió lugar á que llegara un esforzado jinete por nombre Cristóbal de Olea, castellano de tierra de Medina del Campo, quien arremetió

denodado á los méxica; sobrevinieron otros españoles y por último el caballo pudo ser levantado, cabalgó de nuevo D. Hernando y quedó salvo, no sin que el bravo defensor Olea recibiera tres cuchilladas de peligro. (1) El bravo caudillo se lanzó de nuevo al combate aguijado por la venganza: los tenochca, por su negra supersticion; habian dejado escapar una bella ocasion de aplazar su servidumbre.

Reunidos hasta quince jinetes, algunos peones y muchos amigos, Cortés volvió sobre los méxica, logrando apartarlos, aunque no retirarlos del todo. Rogaron los soldados al general se retirasen á la defensa de unos reparos, á fin de que se curase la herida y se pudiese atender á Olea que estaba desangrándose; pusieronlo por obra, no sin que los nahua los persiguieran con furia, haciendo descargas de sus tiros arrojados. Llegaron entónces Cristóbal de Olid corriendo sangre de la cara, Andrés de Tapia, Pedro de Alvarado herido, con el resto de los jinetes heridos ellos ó sus caballos, con lo cual pudieron penetrar en la ciudad metiéndose en un patio á curar los lastimados. Quemaban las heridas con aceite, apretándolas con paños á falta de medicina mejor; cuando los tenaces méxica volvieron de nuevo penetrando hasta aquel patio é hiriendo aún algunos castellanos; fué preciso empuñar de nuevo las armas, lanzar sobre ellos la caballería y despues de una lucha terrible arrojarlos definitivamente de las calles. Los blancos se retiraron á reposar dentro de los patios del teocalli mayor: subidos algunos soldados á la cumbre de la pirámide descubrieron de léjos la ciudad de Tenochtitlan, vieron las aguas tendidas de los lagos; notando unas dos mil canoas cargadas de guerreros que en direccion de la ciudad venían: esperábanles nuevos combates. "E aunque era ya casi noche, "y razon de reposar, mandé que todas las puentes alzadas, por donde iba el agua, se cegasen con piedra y adobes, que habia allí, por "que los de caballo pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno en "la ciudad: y no me partí de allí fasta que todos aquellos pasos

(1) Cartas de Relac. pág. 225—26.—Bernal Díaz cap. CXLV.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXXVII, copiando á Herrera, déc. III, lib. I, cap. VIII, escribe: "Otro día buscó Cortés al indio que le socorrió, y muerto ni vivo no pareció; y Cortés por la devocion de San Pedro, juzgó que él le habia ayudado."—Lance debió ser muy apurado, pues para explicarle se ocurrió á la intervencion de lo sobrenatural.